

IV DOMINGO T.O. – C

3/2/2013

Oratorio de san Felipe Neri

Alcalá de Henares

En la lectura del Evangelio del último Domingo dejábamos a Jesús en la sinagoga de Nazaret, el pueblo donde se había criado. Allí había leído aquella promesa de Dios sobre un mesías que vendría trayendo la salvación que sólo Dios puede dar. **«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres, la libertad a los cautivos, la vista a los ciegos; para anunciar un año de gracia del Señor».** Y había afirmado solemnemente después: **«Estas palabras que acabáis de oír se cumplen hoy».** Es decir: Tenéis delante al Ungido por Dios, al Mesías, al Cristo, que os trae la salvación de Dios. El tiempo de la espera de Israel se ha cumplido.

Hoy hemos escuchado la reacción de aquellos hombres a las palabras de Jesús. A pesar de que al principio parece que acogen con agrado Buena Nueva, daos cuenta de cómo va a terminar la escena: lo sacan hasta un precipicio para despeñarlo. Tenemos ante nosotros un drama muy real y muy cierto: el del rechazo de Dios, que significa el rechazo de la propia salvación del hombre. Es el drama del amor de Dios despreciado y tenido en poco por los suyos, o sencillamente, tenido como mentira. Pero, al tiempo, está el drama del hombre que, al rechazar a Dios, se aboca a la destrucción, a la nada, al infierno.

Ahora bien, tened presente esto que os digo: si la liturgia pone ante nuestros ojos esta escena no es para que nos asombremos de lo malos que eran aquellos hombres por rechazar el amor de Dios; ni para que nos maravillamos de lo necios que eran por rechazar su salvación. La liturgia recuerda a los cristianos este pasaje para advertirnos, para ponernos delante un espejo en el que mirarnos y corregirnos, porque el misterio del desprecio del amor de Dios y de la perdición del hombre, es un drama real, es un drama de hoy. El drama del desprecio del amor de Dios y de la propia salvación no afecta a los de fuera, sino a los de dentro, a nosotros. Volveré luego sobre eso.

La primera lectura, es la vocación del profeta Jeremías, llamado por Dios para hablar a un pueblo que no quiere escucharle. Jeremías gasta su vida inútilmente en advertir de la perdición que se acerca por olvidar a Dios, por vivir queriendo compaginar la fe en Dios con una vida alejada de los mandamientos. Ellos no se corrigen, sino que repiten a sí mismos una expresión: «¿No está Dios con nosotros? ¿No está Dios en el Templo?». Era muy parecida a la expresión que suena con frecuencia en nuestros oídos: «¿Acaso no es Dios bueno? ¿Acaso no perdona Dios siempre?». Tomaban la bondad de Dios como excusa para pecar. La bondad de Dios nos invita a volver a él y a amarlo, pero a menudo la tomamos como excusa para vivir como nos da la gana. Día tras día, la palabra de Jeremías es despreciada, mientras él ve cómo se acerca la ruina del pueblo. Al final, **ciego y sordo**, Israel sufrirá la peor catástrofe de su historia: llega el ejército de Babilonia, diezma la población, reduce todo a cenizas, destruye Jerusalén, se lleva deportados a la gran parte de los judíos que no han muerto y deja un país desierto, arrasado y desolado.

Por eso, Dios cuando llama a Jeremías le previene de lo que tiene por delante e intenta fortalecer su ánimo: **«No les tengas miedo –le dice– ... Mira yo te convierto en plaza fuerte, columna de hierro, muralla de bronce, ante todo el país... yo estoy contigo para librarte».**

Así Jeremías se convirtió en un anuncio vivo de Jesucristo el profeta definitivo, que también fue despreciado y al fin llevado a la cruz. Pero Dios no lo abandonó a la muerte, sino que lo resucitó del sepulcro, haciendo verdaderas las palabras dichas a Jeremías: «**yo estoy contigo para librarte**».

Pero la victoria sobre la muerte no quita un ápice al drama del amor de Dios que es despreciado, ni al drama del hombre que al rechazar a Dios se aboca a la destrucción.

Quiero volver sobre lo que os decía antes: que este drama no afecta a los de fuera, sino a nosotros. Mirad que el pueblo que desprecia el aviso de Jeremías es el Pueblo de Israel, que conocía a Dios. No era un pueblo de paganos, era el pueblo de Dios, la heredad de Dios. Y en el evangelio, quienes desprecian a Cristo y lo quieren despeñar, tampoco son los paganos, ni los grandes pecadores, sino los judíos que van a la sinagoga a rezar. Algunos de ellos muy posiblemente familiares de Jesús, muchos de ellos amigos de la infancia, todos ellos conocidos, porque Nazaret era un pueblo pequeño. Y todos ellos eran judíos que iban al culto semanal de la sinagoga y que creían servir a Dios.

Decidme si estos datos no nos ponen en guardia, si no nos dan la alerta para que vigilemos sobre nosotros mismos, que también venimos a escucharle y que nos consideramos cristianos. Decidme si esto no debe alertarnos, para no repetir entre nosotros el drama del desprecio de Dios y de nuestra propia destrucción.

Ahora, para no caer en lo mismo debemos preguntarnos por qué lo rechazan, porque no le dan fe. La respuesta es el orgullo. El orgullo que es el peor de los pecados, es el gran pecado de satanás. El orgullo tiene dos consecuencias: 1) Hace incomprendible que Dios pueda abajarse hasta nosotros. El orgulloso no entiende que Dios se humille, no lo entiende, no le cabe en la cabeza, no lo cree y lo desprecia. Desprecian a un Dios humilde. Los judíos de Nazaret no creen que Aquel hombre que conocen desde la infancia sea el Mesías prometido. Dios es humilde y se muestra humilde, el orgulloso no puede entenderlo, no puede aceptar a un Dios humilde que se manifiesta en lo pequeño, en lo pobre, en un hombre, en Jesús, en un crucificado, en la humanidad de la Iglesia. 2) Pero además el orgulloso no admite un Señor por encima de él, alguien que le de órdenes, no admite que su vida o su felicidad dependan del amor de otro. Por eso no admitirá a nadie junto a él que diga que es el Ungido con el Espíritu de Dios, porque eso significaría admitir que debe escucharlo, obedecerlo y seguirlo. El orgulloso no quiere escuchar a nadie, ni obedecer a nadie, ni seguir a nadie. Él cree saber todo lo que se necesita para vivir, el sabe lo que debe hacer, el traza su propio camino en la vida.

Yo os digo: El mismo Dios oculto en la humanidad de Jesús, que se puso ante su pueblo para ofrecerles la salvación, se pone ante nosotros, oculto en su palabra, oculto en la humanidad de su Iglesia, oculto en los sacramentos. Acoged la salvación que os ofrece y disponeos para una obediencia mayor a sus palabras, para seguirle más de cerca. Y, si en vuestro interior se renueva el rechazo de Israel ante Jeremías, el de Nazaret ante Jesús, vigilad vuestro corazón, vigilad la raíz del orgullo, para no repetir el drama del rechazar a Aquel que nos ama, para no repetir el drama de nuestra propia destrucción.

Que Dios nos haga humildes y nos conceda el don de la fe, para reconocerle, para acoger con gozo su perdón y su amor, para entregarnos a él con alegría.

Alabado sea Jesucristo

P. Enrique Santayana C.O.